

2. La Gran Guerra de 1914-1918

La marcha hacia la guerra

«Las luces se han apagado en toda Europa; no volveremos a verlas encendidas el resto de nuestras vidas»

Estas palabras son del ministro de Asuntos Exteriores de Inglaterra, Sir Edward Grey. Las pronunció el 3 de agosto de 1914. Durante cien años no había habido ninguna guerra larga en Europa, pero ahora estaba empezando una.

¿Quién tuvo la culpa? Esta discusión aún continúa, aunque probablemente nunca se podrá dar una respuesta directa, porque las causas fueron muy complicadas.

El mapa muestra las principales rivalidades y alianzas internacionales antes de 1914, pero lo que no muestra es lo amargos que eran los sentimientos entre algunas naciones. Francia clamaba venganza por la guerra de 1870-1871 (página 11), y a muchos otros países les preocupaba la arrogancia militar de Alemania. Inglaterra estaba alarmada por la manera que tenía Alemania de retarla en todos los campos: en el comercio, en la creación de colonias en África, y lo que es peor, en la construcción de una poderosa marina. A su vez, a Alemania le molestaba la actitud de Inglaterra, que se creía con derecho a recibir la mejor parte en todo. En el este de Europa, Austria y Rusia habían sido rivales en los Balcanes desde hacía un siglo; Austria tenía la costumbre rusa de actuar como «hermano mayor» de los demás pueblos eslavos, mientras que Rusia temía perder prestigio si no acudía en ayuda de éstos cuando se hallaban en apuros.

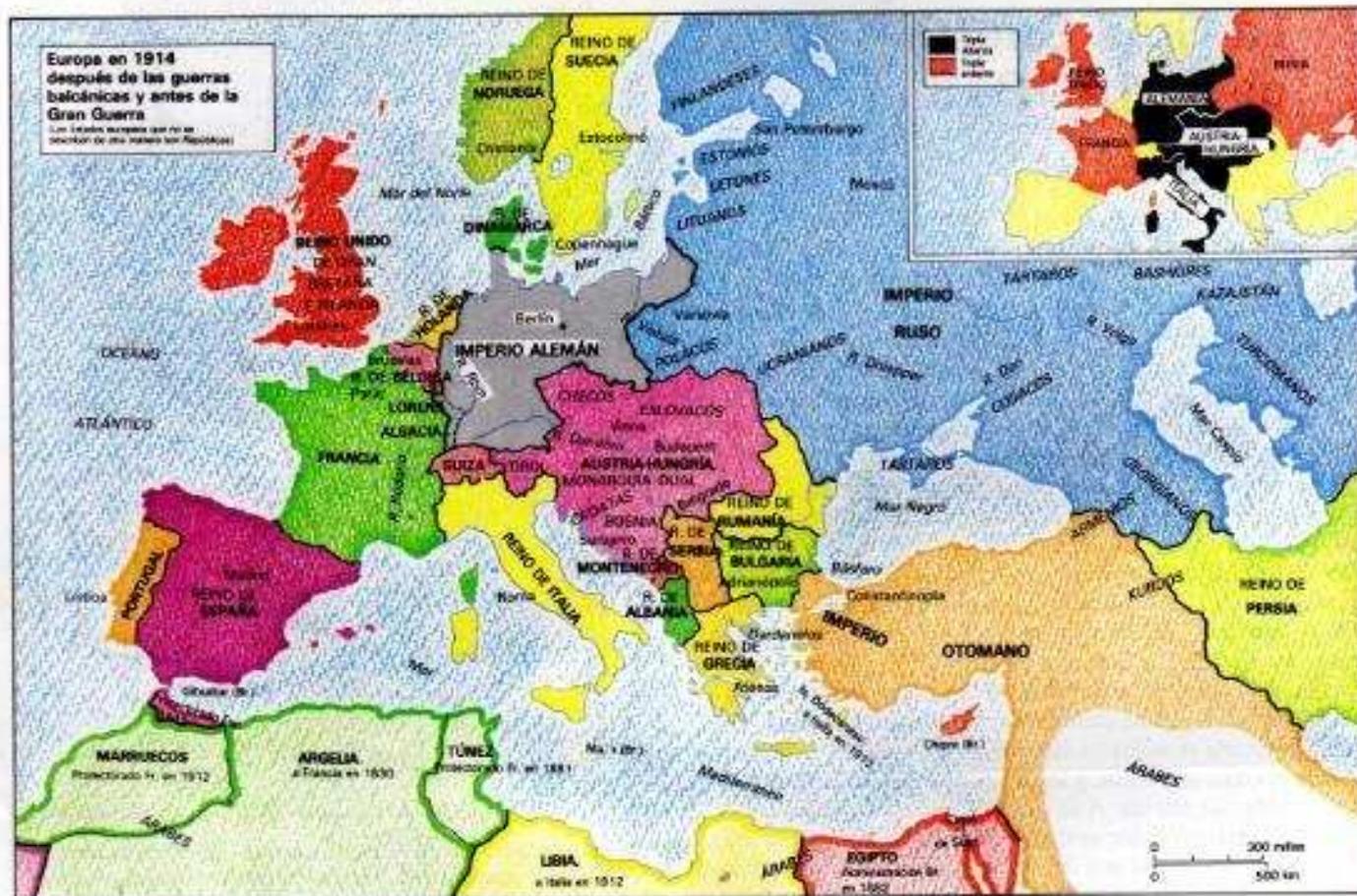
Por otro lado, los gobiernos no permitían que estas afinidades y desavenencias tradicionales decidieran su política. Austria e Italia eran viejas enemigas, así como lo eran las familias gobernantes de Austria y Alemania, los Habsburgo y los Hohenzollern. Pero Alemania, Austria e Italia pensaron que sería conveniente formar una *Triple Alianza* para defenderse mutuamente de los posibles ataques de los demás. Inglaterra y Francia habían sido enemigas desde los tiempos de los normandos, y recientemente, en 1898, habían estado a punto de enfrentarse por el territorio del Alto Nilo. Pero después de 1904 forma-



El periódico satírico alemán «Simplicissimus» publicó este dibujo. En él Alemania aparece descansando tranquilamente, con su pipa y su cerveza, leyendo el periódico. Unas peligrosas bestias, entre las que destacan el león inglés, el oso ruso y el gallo francés, rodean su cama, pero ¿son bestias reales? El comentario al pie dice: «Sin preocuparse por el alarmismo de los periódicos sensacionalistas, Alemania es perfectamente capaz de mirar el futuro con absoluta tranquilidad». No obstante, había muchos alemanes que se creían realmente rodeados por potencias hostiles.

ron una *Entente* (acuerdo). Las dos alardeaban de su amor por la libertad y consideraban a Rusia la cuna de la tiranía. Sin embargo, Francia llevaba diez años aliada con Rusia en contra de Alemania y Austria, y pronto la incluyeron en la Entente.

Estos dos grupos de grandes potencias eran defensivos, y no convertían la guerra en algo inevitable. Sin embargo, cada vez



que había una disputa internacional, tendían a comportarse como equipos contrarios, y los perdedores cada vez tenían menos ganas de ceder la vez siguiente. Un punto problemático era Marruecos, que Francia quería añadir a su imperio norteafricano, y en donde Alemania tenía valiosos contactos comerciales; hubo crisis internacionales por esta cuestión en 1905, 1906 y en 1911, y la Entente las resolvió casi todas a su favor. Otro foco de problemas eran los Balcanes. En 1908 Austria se anexionó formalmente Bosnia, a la que había ocupado hacía muchos años; Rusia protestó, pero esta vez ganaron Austria y Alemania.

Otra posible fuente de peligro era el tamaño de los ejércitos

Europeos, y su disposición para la lucha. Excepto Inglaterra que, como había hecho siempre, se basaba en la Marina Real para evitar las invasiones, todas las demás potencias reclutaban a sus jóvenes durante uno o dos años para que hicieran el servicio militar, de forma que en época de guerra pudieran movilizar un montón de hombres adiestrados en el uso de las armas. Los generales creían que las guerras se ganaban gracias al tamaño y a la rapidez. Un país, para tener oportunidad de vencer, debía ser capaz de movilizar rápidamente un gran ejército, y golpear fuerte con él. No había tiempo que perder, así que se hacían planes detallados por adelantado, para hacer frente a cualquier posible enemigo. Por razones de seguridad, las gran-

des potencias se mantenían preparadas para la lucha, y esto afectaba a toda la población. En Inglaterra, por ejemplo, los oradores y los periódicos ponían de relieve el «miedo» a los espías alemanes, que estaban por todas partes, y había novelas populares que trataban de una futura guerra con Alemania.

Hubo intentos para hacer disminuir el peligro. En 1899 y 1907 se convocaron conferencias internacionales en La Haya para tratar de reducir el armamento. No lograron su propósito principal, pero dieron lugar a la Convención de La Haya, que limitaba los métodos de guerra legítima que podían emplear los Estados civilizados, y crearon un Tribunal Internacional de Justicia (también con sede en La Haya), al que los Estados podían presentar sus disputas para que se resolvieran imparcialmente.

Quizás algunos europeos se sintieran atraídos por la idea de la guerra, pero nadie negaría que los más agresivos de todos eran los pueblos balcánicos. Desde la guerra de la Independencia griega en la década de 1820, los políticos europeos se habían encontrado una y otra vez con lo que llamaban la Cuestión de Oriente. Es decir, qué sucedería con las distintas partes del Imperio otomano si éste se desmembrara. En 1900 la mayor parte de las naciones cristianas de los Balcanes se habían liberado de los turcos, pero no estaban satisfechas; todas pensaban que tenían derecho a las tierras que había conseguido al vecino. Su último estallido fue una complicada arrebataña conocida como las Guerras Balcánicas, en 1912 y 1913, que dejaron a Bulgaria y Turquía lamentándose por sus pérdidas mientras que los serbios, los griegos y los rumanos celebraban sus ganancias y fue precisamente un servio el que comenzó los sucesos que llevaron directamente a la Gran Guerra.

El 28 de junio de 1914, el archiduque Francisco Fernando, heredero del trono de Austria, visitó Sarajevo, la ciudad más importante de Bosnia. Fue asesinado por un estudiante llamado Gavrilo Princip. Princip había sido adiestrado por la Mano Negra, una sociedad secreta que había jurado unir a todos los serbios en un gran Estado servio; su lema era «Unidad o Muerte». ¿Era, por tanto, este crimen la obra de un simple grupo terrorista, con lo cual no se podía culpar a nadie? El gobierno austriaco no lo creía así. Tenían buenas razones para pensar que el gobierno servio había tenido noticias de la conspiración, y no había hecho nada por detenerla. Los serbios llevaban ya muchos años hostigando a los austriacos, y había llegado el momento de darles una lección. Austria exigió una fuerte compensación, en la que se incluían condiciones humillantes. Servia estuvo de acuerdo con algunos puntos, pero no con todos, y em-

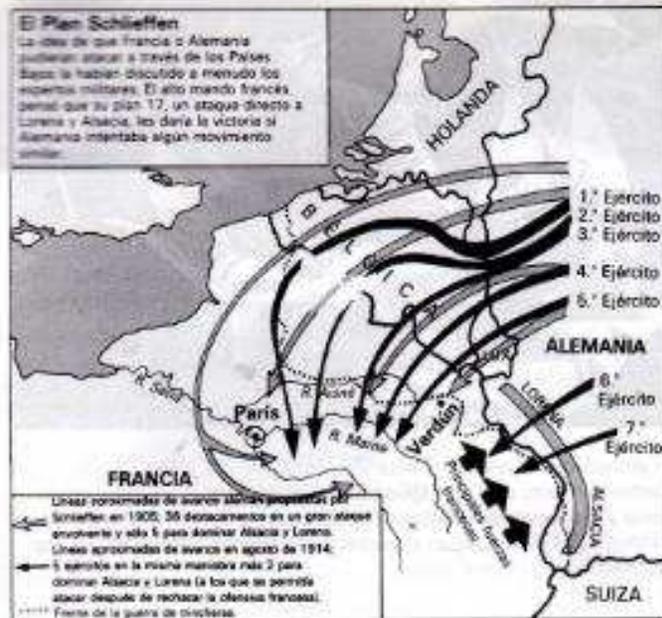


El archiduque Francisco Fernando, heredero del trono austro-húngaro, con su esposa Sofía, sonrientes y corteses en su visita a Sarajevo un hermoso día del verano de 1914. Poco después, los dos estaban muertos; sus muertes resultaron ser las primeras de la Gran Guerra.

pezó a movilizar su ejército. Austria aceptó el reto y declaró la guerra el 18 de julio.

Rusia se vio obligada a salvar a Serbia, y Alemania debía apoyar a Austria. Todos los estadistas europeos se dieron cuenta del peligro. Los historiadores han estudiado los sucesos de la semana siguiente hora a hora y minuto a minuto, y todavía no está muy claro por qué no se pudo evitar la guerra. Quizás el momento crítico fue cuando comenzó la primera movilización, porque entonces nadie se atrevía a correr el riesgo de quedarse atrás. Rusia empezó a movilizarse el 30 de julio, Austria el 31 y Francia y Alemania el 1 de agosto. Todos los líderes estaban mandándose mutuamente mensajes urgentes sugiriendo la posibilidad de evitar que las cosas fueran demasiado lejos, pero todos ellos parecían llegar demasiado tarde. Quizá los generales estuvieran dispuestos a luchar (después de todo, era su deber) pero parece ser que los políticos tenían una sensación de pesadilla, la sensación de estar deslizándose, a pesar de todos sus esfuerzos por evitarlo, por un terraplén a cuyo fondo nadie quería llegar.

El 1 de agosto Rusia no respondió a un ultimátum alemán, así que Alemania le declaró la guerra. Dos días después declaraba también la guerra a Francia, y sus ejércitos empezaban a avanzar hacia el oeste, entrando en Bélgica.



Los primeros ataques

Alemania se puso a sí misma en el lado equivocado al invadir Bélgica, un país pequeño y neutral, y probablemente fue eso lo que hizo que el reticente y dividido gobierno inglés se decidiera a declarar la guerra el 4 de agosto. ¿Por qué lo hizo Alemania? El motivo era el Plan de Schlieffen. El general Schlieffen, Jefe de Estado Mayor del ejército alemán desde 1891 hasta 1905, había estado preocupado por las posibles estrategias que podía desarrollar Alemania en caso de que tuviera que luchar contra un enemigo poderoso, que la atacara a la vez desde el este y desde el oeste, Rusia y Francia juntas, en definitiva. Sólo había una respuesta: dejar fuera de combate a uno rápidamente, y luego dedicarse al otro. Rusia era demasiado grande para poder vencerla con rapidez, pero Francia no. Sin embargo, Francia estaba preparada para la guerra a lo largo de toda su frontera con Alemania. La única solución posible consistía en rodear las defensas francesas atacando a través de los Países Bajos. Había algunas dificultades prácticas, y moralmente estaba mal, pero ofrecía la mejor oportunidad de salvar a Alemania y terminar la guerra rápidamente, lo cual ahorraría miles de vidas.

El plan de Schlieffen había sido modificado por otros generales que habían debilitado su fuerza de ataque, y ahora retiraban aún más tropas para mandarlas a detener a los rusos, que estaban atacando desde el este con más rapidez de lo que esperaban. Además, el ejército belga y las fuerzas expedicionarias británicas, que habían cruzado el canal a toda prisa, estaban oponiendo una fiera resistencia y retrasando el avance alemán. Esto dio a Francia el tiempo justo para reunir un ejército de reserva. El 5 de septiembre, cuando los alemanes, cansados y bastante desorganizados, llegaron al río Marne, casi a la vista de París, los franceses les atacaron, rechazándoles. Entonces se retiraron al río Aisné, y allí se mantuvieron. El Plan de Schlieffen había estado a punto de alcanzar el éxito, pero al fracasar, Alemania perdió su oportunidad de obtener una victoria rápida.

En cuanto los ejércitos llegaron a un equilibrio, empezaron a reforzar las posiciones en que se encontraban. Los soldados habían aprendido por medio de sangrientas experiencias lo fácil que les resultaba a los rifles de cartuchos, a la artillería ligera y, sobre todo, a las ametralladoras, el masacrar tropas en campo abierto. Lo único sensato que se podía hacer era meterse bajo tierra. Los ejércitos construyeron rápidamente líneas de trincheras desde las que sus soldados podían disparar contra cualquier enemigo que fuera lo bastante estúpido como para cargar contra ellos.

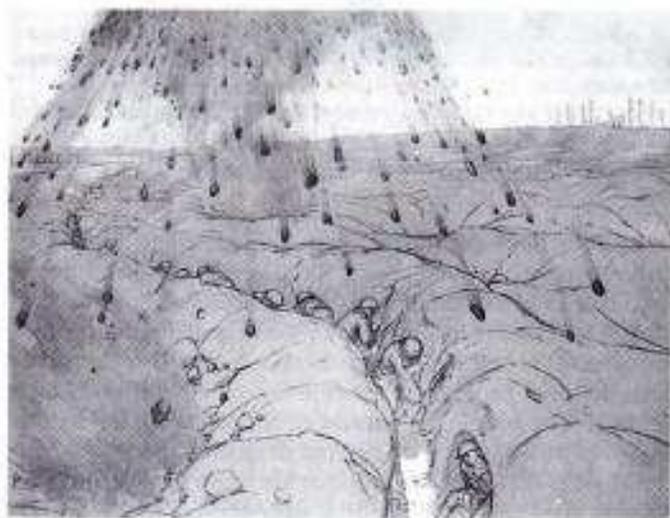
Como es natural, cada uno de los bandos trataba de rodear al otro, y ninguno de los dos lo conseguía. El resultado fue que los dos fueron extendiendo sus posiciones hacia los lados, y los ejércitos eran tan grandes que en poco tiempo las trincheras se extendían casi sin interrupción desde el canal de la Mancha hasta Suiza. A ninguno de los dos les iba a resultar fácil avanzar.

En el este tampoco se llegaba a ninguna resolución. El ataque ruso había sido aplastado por las fuerzas del veterano general Hindenburg, que se convirtió en el ídolo de Alemania. Más al sur, el ejército ruso y el austriaco parecían estar bastante igualados, y los austriacos no habían conseguido terminar con los serbios en las montañas de su país. Ninguno de los bandos tenía gran cosa que celebrar cuando acabó el año de 1914.

Al empezar la guerra había habido manifestaciones de entusiasmo en las calles de todas las capitales. Los franceses gritaban «¡a Berlín!», y los alemanes «¡a París!». Todos esperaban haber ganado para Navidad. Unos cuantos se negaron a luchar, aduciendo razones de conciencia, pero muchos otros estaban seguros de que la suya era una guerra justa, y que Dios estaba con ellos. Los socialistas dijeron, al estallar el conflicto, que la

guerra no era más que una lucha entre las clases gobernantes, los capitalistas avaros y violentos que querían hacerse aún más ricos, y que los obreros no debían disparar contra sus camaradas trabajadores de otras naciones. Pero en la práctica, la mayoría, dijeran lo que dijeren antes de la guerra, permanecieron leales al rey y a la patria cuando empezó la lucha. Ahora tenían que hacerse a la idea de que esto no iba a ser una aventura gloriosa y brillante, sino una prueba de resistencia, larga y muy desagradable.

Con los cinco Estados principales de Europa metidos en la guerra, muchos otros decidieron que tenían las de ganar si se unían a ella. En octubre de 1914 Turquía se unió a las *Potencias Centrales* (como llamaban a Alemania y Austria); esto significaba que Rusia e Inglaterra tendrían que luchar ahora en el Cáucaso y en el canal de Suez respectivamente, y que la ruta marítima entre Rusia y sus aliados occidentales por el mar Negro y el Bósforo estaba cerrada. Por otra parte, Italia se retiró



Arriba: Los gobiernos designaron oficialmente a algunos artistas de guerra para que dieran testimonio de las escenas de lo que se llamó la mayor guerra de la historia. En este dibujo vemos el paisaje desolado, el peligro y las espantosas condiciones de los soldados que luchaban en la guerra de trincheras del frente occidental, según lo captó el artista inglés H. S. Williamson.

Derecha: Una de las nuevas armas que pretendía romper el punto muerto al que había llegado la guerra de trincheras: un tanque inglés en acción. El dibujo es del artista de guerra Muirhead Bone.

de la Triple Alianza en mayo de 1915, y —entrando en la guerra del lado de los Aliados— atacó a Austria, abriendo un nuevo frente en el lado sur de los Alpes. Más tarde se unieron otros Estados balcánicos, Bulgaria del lado de las Potencias Centrales, y Grecia y Rumania con los *Aliados* (Inglaterra, Francia y Rusia). Portugal decidió también ayudar a su antiguo aliado, Inglaterra. Estaba claro que ésta era una guerra europea. Como las grandes potencias de Europa tenían imperios e intereses por todo el mundo, hubo otras zonas que se vieron metidas en ella, y al final acabó por conocerse como la Guerra Mundial. Sin embargo, la lucha en los demás continentes fue leve y poco importante, si la comparamos con los terribles combates que tuvieron lugar en Europa, entre aquellos gigantescos ejércitos, y a nadie le cabía ninguna duda de que sería allí donde se decidiría todo.

Punto muerto y agotamiento

A lo largo de los frentes europeos, especialmente en Francia como ya vimos antes, la guerra se convirtió en un dilatado asedio al dar las armas modernas una enorme ventaja a los defensores sobre los atacantes. Ninguno de los lados podía avanzar. Se había llegado a un punto muerto del que no se saldría, a menos que a alguien se le ocurriera una manera de rodear las líneas enemigas o de atravesarlas.

Los Aliados eran mucho más fuertes que las Potencias Centrales en el mar, y esto les daba la oportunidad de buscar un nuevo campo donde atacar. No se atrevían a desembarcar en la costa alemana, y pensaron que Turquía opondría menos resistencia. Su plan consistía en abrirse camino a través del Bósforo hasta el mar Negro, para establecer de nuevo la ruta con





Rusia, tomar Constantinopla y dejar a Turquía fuera de combate. Podría haber funcionado, pero la dirección fue tan espantosa que no había esperanzas. Las fuerzas aliadas no consiguieron atravesar ni siquiera el primer estrecho, el de los Dardanelos, y tampoco consiguieron tomar la península que se encargaba de defenderlo, Gallipoli. Durante la mayor parte de 1915, las tropas inglesas, australianas y neozelandesas trataron en vano de pasar, sufrieron enormes pérdidas y al final se marcharon. Los Aliados no consiguieron rodear a las Potencias Centrales.

¿Podrían tomarse las trincheras con ejércitos más numerosos y mejores? Los científicos y los técnicos de ambos bandos se afanaban por mejorar los equipos e inventar nuevas armas. Las motocicletas, los coches, los camiones y las ambulancias se fabricaban a millares. Ya se había pensado hacia mucho en los coches blindados, pero a los ingenieros ingleses se les ocurrió la idea de dotarlos de tracción por oruga, y así inventaron el tanque. Era una idea excelente, y pronto los tanques empezaron a avanzar retumbando hacia las líneas enemigas para abrirse paso a través de las trincheras alemanas; pero había muy pocos, y sufrían demasiadas averías mecánicas para llevar a cabo los fuertes ataques que hacían falta para romper el equilibrio.

Bajo la presión de la guerra, también se desarrolló rápidamente el transporte aéreo. Los aparatos de largo recorrido diseñados por el conde Zeppelin dejaban caer bombas sobre Londres y otras ciudades, pero eran demasiado pesados y vulnera-

Los aviones se podían emplear tanto para explorar como para fotografiar lo que descubrían. Aquí tenemos dos fotografías aéreas del mismo sitio, una finca en el frente occidental (Gallipoli). La primera fotografía es del 26 de junio de 1917; la segunda, en la que no queda más que un montón de agujeros de obuses, es del 3 de septiembre de ese mismo año.

bles, y las bombas que llevaban eran muy pequeñas y poco adecuadas para dañar objetivos importantes. Los aviones resultaron mucho más útiles. Se construyeron aparatos pequeños, rápidos y ágiles de reconocimiento y lucha, y aviones más grandes capaces de hacer un recorrido más largo y con más capacidad de carga para bombas. Los aviones exaltaban la imaginación de la gente, y las batallas en el cielo tenían un espíritu deportivo y caballeresco del que por desgracia carecían las trincheras a ras de suelo. Pero a pesar de todos los adelantos, la aviación aún era demasiado débil para decidir batallas marítimas o terrestres.

Surgieron nuevas armas, incluidos el gas venenoso y los lanzallamas, que al principio sorprendían y aterrorizaban al enemigo. Pero éste siempre encontraba la manera de defenderse de ellas, y al final lo único que conseguían era hacer la guerra aún más horrible para ambos bandos. Eran sobre todo los generales los que proyectaban sus esperanzas en su «mayor y mejor preparado contingente». Si consiguieran atacar al enemigo con la suficiente fuerza, seguramente podrían romper sus líneas

«La Cosecha de la Batalla», por el artista de guerra inglés C. Nevinson.



en algún punto. Los dos lados pensaban lo mismo. Llamaron a filas a todos los hombres disponibles y dispararon cantidades increíbles de proyectiles y balas. La destrucción fue inmensa, así como las matanzas, mucho más aterradoras que en cualquier otra guerra anterior a lo largo de la historia. Pero ninguno de los dos bandos consiguió nada.

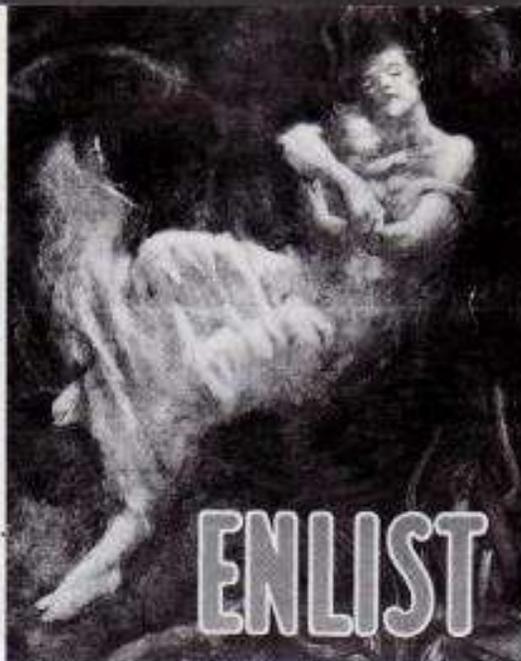
Así, la guerra se convirtió en una simple cuestión de desgaste a ver qué bando agotaba antes al otro. Esto quería decir que antes o después uno de los dos lados perdería tantos hombres que ya no podría seguir luchando. Los Aliados contaban con más hombres que las Potencias Centrales, así que sus líderes estaban seguros de ganar. Pero las Potencias Centrales resultaron ser mucho más eficaces que los Aliados en este sangriento concurso, y así la guerra siguió arrastrándose mientras cientos de miles de hombres morían.

Los Aliados podían tratar de agotar a las Potencias Centrales mediante otro sistema: el bloqueo. Podían utilizar su poder marítimo para interceptar todas las provisiones que llegaran de ultramar. Antes o después, las Potencias Centrales se quedarían sin municiones y sin alimentos, y tendrían que rendirse si no querían morir de hambre.

La nueva marina alemana era fuerte, pero no lo bastante para derrotar a la inglesa. Las dos flotas principales libraron una úni-

ca batalla, el 31 de mayo de 1916; los ingleses la llaman la Batalla de Jutlandia, los alemanes de Skaggeat. Los alemanes lucharon bien, y de hecho causaron más pérdidas de las que sufrieron, pero se alegraron de poder llegar a sus puertos, se sintieron afortunados al conseguirlo, y ya no volvieron a arriesgarse en otra batalla naval. La solución de la marina alemana consistió en desarrollar una nueva forma de guerra naval al utilizar submarinos para bloquear a Inglaterra. Antes de la guerra nadie había imaginado hasta dónde se podría llegar con un submarino, porque éstos muy pronto fueron capaces de rodear Inglaterra y mantenerse a la espera, listos para hundir cualquier barco que se dirigiera a un puerto británico. La dificultad principal consistía en que los submarinos eran muy débiles en la superficie, y había muchas naves mercantes que llevaban armas, no eran sólo las de guerra. Así que el gobierno alemán anunció que sus submarinos no subirían a la superficie para advertir a sus víctimas; hundirían sin previo aviso a cualquier barco que se dirigiera a Inglaterra, fuera cual fuese su nacionalidad.

Esta guerra submarina «total», como se llamó, rompía todas las reglas internacionales sobre la guerra en el mar. El gobierno alemán se defendió diciendo que aquellas normas jurídicas se habían redactado antes de que se desarrollaran los submarinos, y que por tanto no abarcaban la nueva situación. Tambien



Izquierda: Este cartel americano de reclutamiento de 1917 emplea una técnica «muy sentimental» para despertar la pena y la indignación, y para convencer a los indecisos de que los Estados Unidos tienen toda la razón al declarar la guerra. La madre y el niño ahogados son las víctimas desvalidas e inocentes de los crueles submarinos alemanes, que no se atienden a ninguna ley.

Más a la izquierda: Este dibujo inglés emplea la técnica del «terror» para dirigir las culpas y el odio hacia Alemania en general y hacia el Kaiser en particular; después de un año de guerra, el Kaiser se vanagloria de la muerte y la destrucción que él mismo ha causado: esta es la auténtica civilización alemana (el pie del dibujo dice: «Doce meses de Kultur»). Sacado de «The Passing Show» del 21 de agosto de 1915.

dijo que el bloqueo inglés sobre Alemania era ilegal, porque mataba de hambre a los civiles, no sólo a los soldados. Sin embargo, fueran cuales fuesen sus derechos legales, la verdad es que eran los alemanes los que estaban hundiendo barcos neutrales, mientras que los ingleses lo único que hacían era interceptarlos. En los Estados Unidos los ánimos se empezaron a exaltar cuando comenzaron a hundir sus barcos, con marineros y pasajeros dentro. Alemania sabía que corría el peligro de atraer a los Estados Unidos a la guerra, pero también sabía que Inglaterra se estaba quedando sin alimentos ni provisiones. En 1917 decidió correr el riesgo, y renovó el bloqueo global con los submarinos.

De hecho, esta era una «guerra total», no una lucha entre ejércitos, sino entre naciones enteras. Todos los hombres que no estaban en el frente realizaban trabajos esenciales, y las mujeres hacían todo tipo de tareas, incluso las que normalmente llevaban a cabo los hombres... Las fábricas de armamento dependían de miles de mujeres que rellenaban los proyectiles con explosivos y fabricaban espoletas. Con las naciones sometidas a semejante tensión, y las listas de bajas aumentando hasta que apenas quedaba una familia que no hubiera perdido al padre o a un hijo en las trincheras, la gente culpaba al conjunto de la nación enemiga, y odiaba a todos sus habitantes. En Inglaterra,

por ejemplo, había gente que se negaba a escuchar la música de los compositores «malditos», como Beethoven; las tiendas cuyos propietarios tenían nombres que sonaban a alemanes fueron destrozadas, y la familia real adoptó el nombre de Windsor, mientras que algunos de sus parientes se cambiaban el nombre de Battenberg por el de Mounbatten. Los rusos cambiaron el nombre de San Petersburgo por Petrogrado, y los alemanes cantaban un «Himno del Odio» contra los malvados ingleses. Este tipo de histeria nacionalista fue deliberadamente espolcada por la propaganda, sobre todo por las «historias atroces» acerca de la crueldad del infrahumano enemigo. Probablemente los civiles odiaban al enemigo más que los soldados. Muchas veces Tommy y Fritz se respetaban mutuamente, y sentían simpatía el uno por el otro; después de todo, a los dos les estaban obligando a soportar los mismos horrores.

La caída de los Imperios Centrales

El año 1917 fue el de la crisis. En todas las naciones se acusaba la tensión. A Inglaterra le faltaban unas cuantas semanas para quedarse sin comida. En Alemania había huelgas a causa de la escasez de alimentos. Después de varias derrotas hubo motines en el ejército francés, y el italiano se estaba haciendo pe-

dazos. Pero los rusos eran los que más sufrían. Los soldados rusos se ganaron una merecida reputación de valentía, paciencia y lealtad, pero habían sufrido unas pérdidas terribles porque tenían pocas armas, pocas medicinas y escasa comida, y muchas veces sus jefes no sabían dirigirles; al final, incluso ellos empezaron a perder la fe. En la retaguardia, la escasez era cada vez mayor, y los pobres estaban en una situación desesperada; la *Duma*, normalmente dócil y suave, empezó a lanzar acusaciones al gobierno del zar por traer la ruina a Rusia.

El 8 de marzo, los obreros de Petrogrado se pusieron en huelga y hubo una serie de disturbios. Se ordenó a las tropas que dispararan contra ellos y las tropas se negaron. El zar estaba fuera, en el frente, tratando de levantar los ánimos de los soldados. Intentó volver a la capital, pero dondequiera que fuera se encontraba con que sus hombres ya no le obedecían. Ya habían tenido bastantes de todo: bastantes privaciones, demasiada guerra, y bastante zar. Nicolás II siempre había creído que existía un lazo irrompible de amor y confianza entre él y el pueblo ruso, especialmente entre él y los soldados. Al principio no podía creer que los rechazaran, y cuando vio que lo hacían, se sintió desvalido. La *Duma* anunció que ya no reconocía el gobierno del zar, y nombró un Gobierno Provisional propio. Nicolás II, destrozado y desconcertado, abdicó el 15 de marzo. En una sola ciudad, en tan sólo una semana, se había depuesto al *Zar de Todas las Rusias*.

El gobierno provisional era un grupo mixto de liberales y socialistas moderados, cargado de buenas intenciones, pero sin ninguna experiencia de cómo gobernar un país. Prometieron tierra a los campesinos, gobierno propio para Finlandia y Polonia... En definitiva, todo el mundo sería libre y próspero. Pero primero había que ganar la guerra, y ese fue su terrible error.

Había otros grupos que decían hablar en nombre del pueblo ruso. En muchas ciudades habían resurgido los *soviets* (página 13) que contaban con el apoyo de los obreros y los soldados, mientras que el gobierno provisional estaba compuesto por miembros de la clase media, que ni entendían ni les importaban los asuntos del pueblo llano. Dentro de los *soviets*, los socialistas más radicales fueron ganando influencia, y entre ellos había muchos revolucionarios que habían estado viviendo en el exilio y que ahora regresaban a Rusia. El más conocido era Vladimir Ilich Uliánov; era normal que los escritores y conspiradores revolucionarios utilizaran pseudónimos, y el suyo era Lenin. Estaba a la cabeza de un grupo de socialistas que se llamaban a sí mismos *bolcheviques*, que quiere decir «mayoría».

Todo le salió mal al gobierno provisional. Hubo más derrotas a manos de los alemanes, el ejército y los obreros no veían que se hubieran llevado a cabo demasiadas mejoras desde la caída del zar, y mientras tanto, los seguidores de éste se estaban recobrando del susto y planeando volver a ponerle en el poder. En Petrogrado ya nadie se fiaba del gobierno provisional, y la mayor parte de la gente no sabía que pensar ni qué convenía hacer. Pero Lenin y los bolcheviques sabían exactamente lo que querían. El *soviet* de Petrogrado, bajo su control, había convocado un congreso nacional de refrescantes de todos los *soviets* para primeros de noviembre. En la noche del día 7, sus hombres irrumpieron en el palacio de Invierno, donde estaba el gobierno provisional tratando todavía de decidir qué hacer, y le hicieron prisionero; apenas hubo lucha, porque había muy pocos soldados dispuestos a defender al gobierno. Al día siguiente se reunió el Congreso de los *soviets* y declaró que el Partido Bolchevique asumía el mando de Rusia; los hombres de Lenin se trasladaron a las principales dependencias del gobierno y empezaron a dar órdenes.

Esta rápida toma de poder se ha hecho famosa con el nombre de *Revolución de Octubre*. Rusia todavía seguía empleando

Los bolcheviques irrumpen en el Palacio de Invierno, el incidente más dramático de la Revolución de Octubre, tal como lo reconstruyó la película soviética «Octubre». En realidad, hubo muy poca lucha.



el antiguo calendario juliano, así que lo que para el resto de Europa era el 7 de noviembre, para Rusia era el 26 de octubre. Esos días de Petrogrado cambiaron por completo el curso de la historia, pero por el momento sólo nos ocuparemos de los efectos que tuvieron sobre la Gran Guerra.

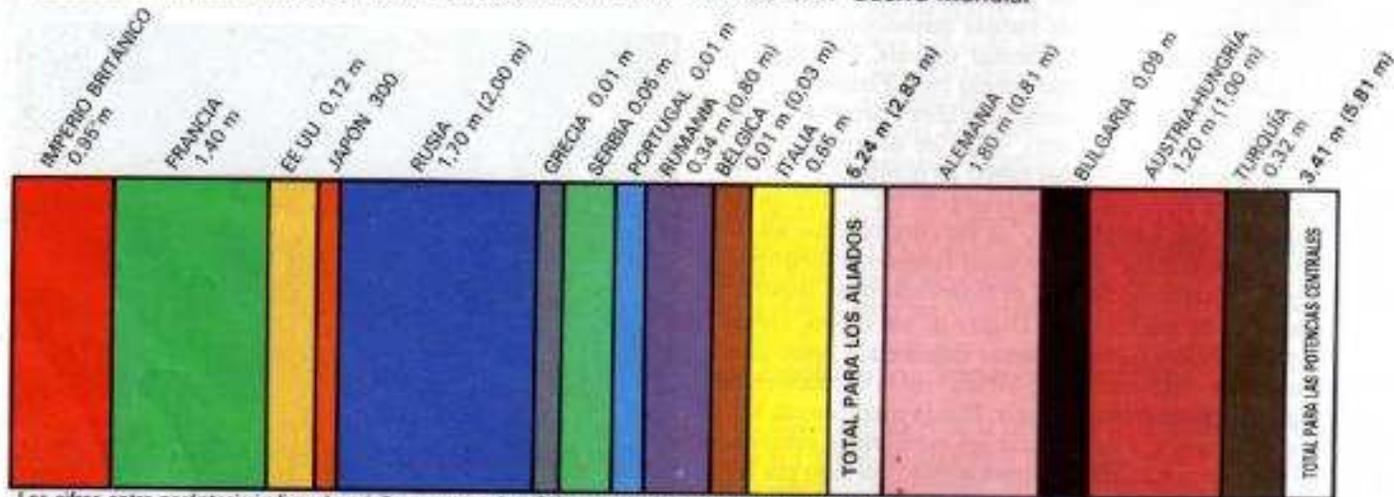
Lenin sabía que tenía que conseguir la paz a cualquier precio y, por tanto, se dirigió a los alemanes. En el tratado de Brest-Litovsk (el 3 de marzo de 1918) Alemania obligó a Rusia a ceder Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Ucrania y los territorios de Transcaucasia. En teoría, estos Estados eran ahora libres para establecerse como Estados independientes; en la práctica, Alemania tenía intención de que le proporcionaran muchas de las cosas que necesitaba, como por ejemplo, el trigo de Ucrania. Muchas tropas alemanas tendrían que quedarse allí para asegurarse que se cumpliera el tratado, pero un importante contingente podía trasladarse ahora de su frente oriental al occidental.

Pero aunque las Potencias Centrales se habían librado de Rusia, el más grande de los Aliados, se daban perfecta cuenta de que éstos pronto les superarían en número, sin remedio. En abril de 1917, principalmente a causa de los submarinos (página 27), los Estados Unidos se habían unido a los Aliados. Muy pronto los barcos americanos empezaron a ayudar a la marina inglesa como escolta de las naves mercantes que cruzaban el At-

lántico, y a medida que se desarrolló este sistema de convoyes, los submarinos alemanes perdieron toda oportunidad de vencer a Inglaterra por el bloqueo. La situación pronto sería igual de desesperada en tierra, una vez que los americanos se organizaran para la guerra y empezaran a enviar grandes ejércitos al frente occidental. En marzo de 1918, los generales alemanes hicieron un intento desesperado para hacerse con la victoria, antes de que se les acabaran las oportunidades. Este ataque repentino cogió a los ingleses desprevenidos, y durante unos días pareció que su frente iba a caer, pero el ejército alemán no pudo mantener la presión durante el tiempo suficiente; entre marzo y julio hizo grandes avances, pero no consiguió destruir a los Aliados, así que ahora sólo un milagro podría salvar de la derrota a las Potencias Centrales.

La más pequeña de ellas, Bulgaria, fue la primera en rendirse. Luego le llegó el turno al Imperio otomano, que nunca había contado con los recursos ni la organización necesarios para una guerra moderna de esa magnitud. Además, los pueblos árabes que vivían en el sur del imperio estaban ansiosos por librarse del gobierno turco. A medida que las fuerzas inglesas fueron avanzando por Egipto y Palestina, los guerreros árabes del desierto les fueron ayudando a expulsar a los turcos hacia el norte. El 30 de octubre de 1918 el gobierno turco firmó un armisticio con los Aliados: para entonces los árabes estaban creando

Número de muertos aliados y de las potencias centrales durante la 1.ª Guerra Mundial



Las cifras entre paréntesis indican los civiles muertos. Los 5,81 millones de civiles muertos en las Potencias Centrales incluyen los 4 millones de caídos durante las guerras civiles en Turquía.

estados independientes, y estaba claro que el Imperio otomano ya no tenía salvación.

Austria-Hungría fue el siguiente. Aquí, los «pueblos súbditos» habían demostrado una vez más una debilidad fatal. Muchos de los soldados de estos pueblos no tenían ninguna intención de morir por los austriacos o por los húngaros, y en cuanto podían se rendían o desertaban a los ejércitos ruso o italiano. Miles de estos hombres se enrolaron en las legiones polacas, checas o yugoslavas (serbias, sobre todo), y lucharon junto a los Aliados, que prometían la independencia para sus naciones. Al final el esfuerzo fue excesivo para la monarquía Habsburgo. El gobierno firmó un armisticio el 3 de noviembre, el emperador abdicó, y el imperio se desmembró. Los checos y los

eslovacos crearon la nueva república de Checoslovaquia. Los pueblos eslavos del sur se unieron al antiguo reino de Serbia para formar el nuevo reino de Yugoslavia. Italia y la nueva república de Polonia obtuvieron las tierras en las que la gente hablaba sobre todo italiano y polaco, respectivamente, y los habitantes de Transilvania votaron por unirse a Rumania. Esto convirtió a Austria y a Hungría en dos pequeñas repúblicas independientes. El imperio Habsburgo se desvaneció, dejando en la cuenca del Danubio una región de pequeños Estados con fronteras nuevas, y a veces indefinidas.

Alemania, que se había ido convirtiendo cada vez más en la fuerza motriz de las Potencias Centrales a medida que avanzaba la guerra, fue la última en rendirse. El Imperio Alemán se



componía sólo de alemanes y, por tanto, no se deshizo. Pero los Aliados hacían retroceder a su ejército cada vez más, la marina se amotinaba y los civiles estaban al borde de la inanición. Muchos políticos alemanes habían estado argumentando a favor de la paz, y ahora los generales empezaban a estar de acuerdo con ellos. El 9 de noviembre proclamaron que el Kaiser había abdicado y que se estaba formando una república. El Kaiser aceptó la situación y huyó a Holanda. El 11 de noviembre, a las 11 de la mañana, se hizo efectivo el armisticio entre los alemanes y los Aliados; el frente occidental quedó repentinamente silencioso: la Gran Guerra había terminado.

Los acuerdos de paz

¡Nunca más! Ese fue el sentimiento que se extendió por toda Europa y América, y el hombre que lo expresó con más fuerza fue el presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson. Antiguo catedrático de derecho constitucional e historia, trató de fijar unos principios que aseguraran una paz justa y duradera. En enero de 1918 redactó los famosos Catorce Puntos. Tanto los Aliados como los alemanes los aceptaron sobre el papel, en noviembre de 1918, como la base del armisticio y de los futuros acuerdos de paz. Las ideas principales de Wilson eran:

- Todas las naciones deben ser independientes, y deben incluir a todas las gentes que hablan el idioma nacional. (Wilson mencionó los nombres de varios de los Estados que estaban surgiendo de las ruinas de los antiguos imperios).
- El mar debe ser libre para las naves mercantes, y garantizar la seguridad para la navegación; hay que reducir las tarifas aduaneras.
- El derecho a la posesión de colonias debe ser discutido y acordado con justicia, teniendo en cuenta lo que sea mejor para los nativos de dichas colonias.
- Hay que reducir el armamento.
- Los acuerdos secretos entre los gobiernos deben terminar; desde ahora la diplomacia internacional consistirá en «convenios abiertos a los que se llegue abiertamente».
- Por último, todo esto debe estar respaldado por una Sociedad de Naciones que se encargue de preservar la paz y proteger a cada uno de sus miembros.

Pero gran parte de los Aliados pensaban que la mejor manera de asegurar la paz era castigar a los que habían empezado

la Gran Guerra, y hacer que les fuera imposible volver a luchar. Austria y Turquía estaban destrozadas, pero Alemania, la más poderosa de todas, permanecía unida. Muchos pensaron que esto convertía a toda la nación alemana en responsable de la guerra y de las terribles pérdidas que había causado; con un sentido de justicia divina, se dedicaron a perjudicar a los alemanes y a humillarles.

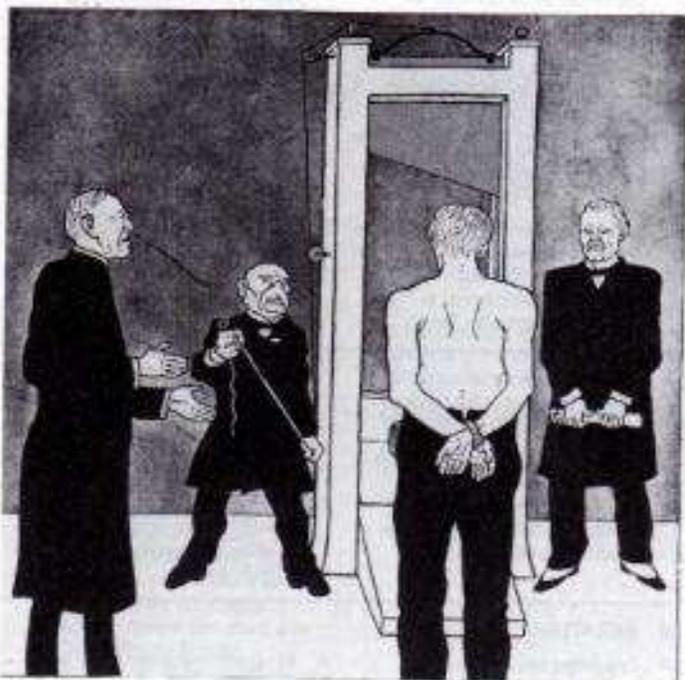
El tratado de paz con Alemania se firmó en 1919, en Versalles. El lugar había sido escogido deliberadamente, puesto que allí se había proclamado por primera vez el Imperio Alemán en 1871. Alemania tenía que ceder tierras a Francia, Bélgica, Dinamarca, Polonia y Lituania... y perdía todas sus colonias. El ejército y la marina alemanes perdían todo el armamento pesado, y quedaban reducidos en número, de forma que no servirían más que para vigilar las fronteras y mantener el orden en el interior del país. A lo largo de los treinta años siguientes, Alemania debía entregar a los Aliados enormes sumas de dinero, así como otros productos, a modo de «reparación» por todas las pérdidas que les había causado. Durante los quince años siguientes, las tropas aliadas ocuparían la zona de Renania, y los alemanes nunca podrían volver a estacionar tropas allí, tan cerca de Bélgica y de Francia. Por último, se declaraba a Alemania culpable de empezar la guerra y de dirigirla de una forma salvaje, por lo que el antiguo Kaiser y otros dirigentes alemanes debían someterse a juicio por estos crímenes (esto, en realidad, nunca llegó a hacerse). Los delegados alemanes, que representaban a la nueva república, protestaron, pero fue en vano. Se vieron obligados a firmar.

Con los tratados de Saint Germain y Trianon se firmó la paz con las nuevas repúblicas de Austria y Hungría, respectivamente, y se reconoció la nueva disposición de su antiguo imperio. El caso de Turquía fue más difícil: el gobierno del sultán tuvo que aceptar la pérdida de su imperio por el tratado de Sévres de 1920, pero cuando los griegos intentaron hacerse con parte de los territorios turcos en Asia Menor, volvió a estallar la lucha. Los turcos expulsaron a los griegos, y al final se firmó la paz en Lausana en 1923. Para entonces el sultán había sido depuesto y en Turquía se proclamaba la república.

Cuando empezó la guerra, toda la zona del centro y el este de Europa, así como el Oriente Medio, habían estado dominados por cuatro grandes imperios. Ahora, todos ellos habían desaparecido. De las antiguas grandes potencias sólo quedaban Inglaterra y Francia, vapuleadas pero victoriosas. Austria-Hungría había dejado de existir, Alemania estaba aplastada y Rusia

se deslizaba de la revolución a la guerra civil. Las grandes familias imperiales también habían caído. ¿Surgiría ahora una nueva Europa, que sirviera de ejemplo de democracia, libertad y paz para todo el mundo?

Algunos de estos sentimientos se ocultaban detrás de la formación, en 1920, de la Sociedad de Naciones. Con su cuartel general en Ginebra, en la neutral y pacífica Suiza, la Sociedad proporcionaría una especie de Parlamento internacional en el que los representantes de todas las naciones podrían discutir



El 3 de junio de 1919 el «Simplicissimus» reflejó las negociaciones de paz según el punto de vista alemán. Aquí Alemania, representada en un criminal condenado, va a ser guillotinado por un hombre que jamás ha disimulado su deseo de acabar con Alemania, el primer ministro francés Clemenceau. El primer ministro inglés, Lloyd George, con semblante duro, sostiene en las manos el tratado de paz que tantas cosas otorga a su país, mientras que el presidente americano Wilson, vestido de clérigo, dice a la víctima con hipocresía: «Tú también tienes derecho a la autodeterminación: ¿quieres que te vaciemos los bolsillos antes de morir o después?»

los problemas y llegar a acuerdos. También habría secciones especiales, como si fueran departamentos de un servicio internacional de funcionarios civiles, que se encargarían de algunas tareas que asumiría la sociedad... Por ejemplo, cuidar de los refugiados, tratar de detener el tráfico de drogas, o, por medio de una Organización Internacional del Trabajo (OIT), comparar las condiciones de trabajo en diversas partes del mundo y tratar de mejorarlas. La Sociedad también podía confiar determinadas tareas a algún país miembro, y puso en manos de Inglaterra y Francia, principalmente, las antiguas colonias alemanas y parte del antiguo imperio turco en forma de *mandatos*: esto quería decir que los territorios no formaban parte del imperio inglés ni del francés, sino que éstos tenían la responsabilidad de preparar a los nativos para que pudieran gobernarse solos y hacerse independientes lo antes posible.

Era un plan osado y ambicioso. Por primera vez en la historia había una organización que tenía el propósito de cuidar de la paz y la prosperidad en todo el mundo. Esta organización dependía por completo de la buena voluntad. Se esperaba que, al final, se unieran a ella todas las naciones, y que las más fuertes guiaran la Sociedad y proporcionaran la mayor parte de la ayuda. Pero esta sociedad tenía un punto débil: no contaba con ninguna fuerza militar que la respaldara; no obstante, la gente confiaba en que ninguna nación se sintiera capaz de desafiar a la opinión mundial. Esperaban que una votación en la Asamblea de la Sociedad calmara los ánimos exaltados. Otro de sus puntos débiles era que había muchas naciones que no pertenecían a ella, por lo que, de hecho, no hablaba en nombre de todo el mundo. Hasta los Estados Unidos se negaron a unirse; al rechazar a Wilson, los americanos decidieron que no era deber suyo mezclarse en los problemas de otros, y optaron por una actitud conocida como «aislacionismo». La Sociedad no podía hacer nada para obligar a las naciones a que pertenecieran a ella, porque ella misma se había fundado sobre la idea de que todas las naciones eran libres.

A pesar de su escasa fuerza, la Sociedad de Naciones empezó con buen pie. Durante los primeros años resolvió un montón de disputas de fronteras entre países pequeños, y hubo diversos acuerdos internacionales para reducir el armamento y para evitar los ataques mutuos. Quizá no fueran más que esperanzas pías; pero también era posible que el conflicto de 1914 al 18 hubiera enseñado a los estadistas que la guerra moderna se había convertido en algo demasiado destructivo para volver a utilizarlo.